

HISTORIAS DE LA SANTA COMPAÑA

EN ALDEAS DEL MUNICIPIO DE MUROS

María José Viñas Tobío

INTRODUCCIÓN

Los testimonios que aquí se presentan son una nueva aportación a las historias recogidas por diversos autores sobre el tema de la Santa Compañía. Para ello, el trabajo de campo se realizó mediante encuestas y entrevistas personalizadas, tomando en este caso, como muestra representativa, la información facilitada por cuatro informantes, un hombre y tres mujeres, con edades comprendidas entre los 65 y los 86 años, todos ellos pensionistas, de situación económica desahogada, con los estudios primarios cursados en su mayor parte y pertenecientes a la zona de la Ría de Muros. No hay duda de su credibilidad, puesto que algunos de los hechos narrados fueron protagonizados por ellos mismos, constatando que les costó menos hablar sobre este tema a las mujeres que a los hombres, los cuales fueron algo más reticentes al respecto.

La Santa Compañía, Estadea, Estantiga, Hoste, Sociedade do Oso, Antaruxada, etc., no es fácil definirla, ya que aparece con diversos aspectos, según las comarcas, pero tiene unas características generales:

Es una procesión de ánimas que recorre de noche las aldeas de la parroquia.

Dicen que la compañía tiene siempre un individuo cojo, y de ahí procede el dicho de que “Nunca faltou un coxo nunha Compañía”.

Sobre sus componentes, uno lleva la cruz, otro el estandarte, un tercero el caldero de agua bendita, la linterna o farol para acompañar al Viático y la campanilla. Se van sumando individuos y el cortejo fúnebre, es decir, la Visión, con su correspondiente entierro.

La Visión es la representación de lo que va a ocurrir en una muerte; es ver la comitiva fúnebre hacia la iglesia o cementerio. Suelen verla aquellas personas a las que en el Bautismo impusieron los Santos óleos de los Difuntos.

Otra forma visionaria consiste en ver “a luciña”, que se dirige a la casa del que va a morir. Si se mueve lentamente, se trata de una persona mayor o adulta. Si lo hace a saltitos, o con rapidez, suele tratarse de un niño o adolescente, que morirá próximamente.

Es creencia general que los que van en la Compañía sólo van en espíritu, sus cuerpos quedan en cama y, aunque los lla-

men, no responden y todos los componentes tienen que guardar el más absoluto secreto. Según algunas fuentes, el que lleva la cruz es un vivo, que se ve obligado a llevarla, mientras no encuentre a otro a quien entregársela. En algunas localidades es una mujer, en otras un hombre, según sea el titular de la parroquia santo o santa.

La Santa Compañía suele aparecer en las encrucijadas de los caminos y se dice que para librarse de ella, si se la llegaba a ver, había que realizar un círculo en el suelo y meterse dentro. Otras veces el círculo es la estrella salomónica. Lo más eficaz consiste en realizar el círculo con una rama de olivo.

El visionario que presencia el paso de la Compañía con el cortejo fúnebre puede conocer quién es el que va a morir, por figurar detrás del ataúd y con la vela más pequeña de cuantos van en semejante procesión. Si el que tiene la visión se lo cuenta al interesado, éste vivirá más años.

Se dice que algunas veces la Compañía sale de día, pero entonces es invisible. Su presencia se nota porque, en el momento de pasar, cantan los gallos y el viento realiza remolinos.

Los componentes de la procesión llevan velas encendidas, que, según diversas fuentes, no hay viento que las apague. Son huesos de difuntos, y si en un camino, uno no se aparta bien y le ponen la vela en la mano, tendrá que ir siempre en la comitiva, por lo que es necesario llevar las manos cerradas, los brazos cruzados o rezar un Padrenuestro.

También se cuenta que se ha dado algún caso en que en la Compañía iba un perro. O que es fácil librarse de ella si se le cuelga al cuello de un perro un caldero de agua bendita o un farol, en el momento del paso de la procesión.

Cada parroquia suele tener una serie de puntualizaciones, detalles o características propias, con respecto a este tema. Existe una curiosa información sobre la Compañía y su relación con el convite funerario. Los componentes de la Compañía disponen una serie de manjares sobre una mesa y a la persona que coma se la llevan con ellos. Por lo que es necesario negarse a comer de lo que ofrezcan, pero en cambio se requiere comer de lo que uno lleva o hacer que se come, para que se marchen y te dejen.

Puede ser esta la razón por la que, en diversos sitios, la gente mayor les decía a los niños que llevasen siempre pan en el bolsillo, aunque fuesen migajas.

La Santa Compañía puede detenerse a la puerta de la casa del que va a morir o incluso penetrar en la habitación del moribundo y colocarse a los pies de su propia cama. Según la tradición, los difuntos de la familia también podían acercarse al fuego, por lo que no se debía barrer la lareira de noche. Y también se reservaba un puesto en la mesa al difunto.

Es creencia general que los animales también ven la Visión o la Santa Compañía, a causa de la cual se asustan por la noche sin motivo aparente.

La Visión puede ser también un acto religioso un tanto espectacular, con la celebración de una misa, o el canto del funeral. En la ría de Muros, Francisco Ramón y Ballesteros, en su obra "Historia del más allá (Contos de Lareira)", recoge un relato en el que la protagonista asiste a una misa de un sacerdote con

dos acólitos y muchos fieles. Al acabar la misa, desaparece todo y la mujer se encuentra la puerta cerrada y sin poder salir, hasta que viene el sacristán a abrir la puerta por ser la hora de misa.

Entonces, la mujer explica que todo fue obra de la Santa Compañía, en esta ocasión empeñada en la celebración de unos sufragios por sus propias almas, ofrecidos por un sacerdote fallecido, que en su día rigió aquella parroquia y unos acólitos también difuntos. Y para que la misa tuviera validez, era necesaria la presencia de un vivo.

Algunos autores dicen que para saber qué brujas hay en un lugar, basta con observar el Domingo de Ramos, al salir la Procesión al atrio, quiénes quedan en la iglesia; ésas son las brujas de una parroquia. También se sabe muy bien, si el cura deja el Misal abierto al concluir la misa. Las brujas, entonces, no tienen fuerzas para salir de la iglesia. Aunque, en otros lugares, el dejar el libro abierto era señal de fallecimiento próximo de un sacerdote de la parroquia o de una parroquia que tenga relación directa con ella.

CONCLUSIONES

Mariño Ferro dice que, aunque suelen considerarse las historias de aparecidos como supersticiones heredadas, en realidad estamos ante una creación cultural que, con distintas variantes, es universal. Las creencias gallegas sobre los difuntos, mantienen una perfecta continuidad con las que existían durante la Edad Media en Europa. La relación más estrecha se establece entre los vivos y los difuntos que necesitan purgar sus pecados. En Galicia, la purificación de las penas de los difuntos se concibe de acuerdo con dos modelos elaborados por el cristianismo medieval: en este mundo, y en un lugar especial llamado Purgatorio. La purificación del Purgatorio se consigue mediante el fuego y la de este mundo por medio de penitencias.

Dentro de estas creencias, destaca el caminar. Los vivos hacen penitencia caminando a un santuario y los difuntos purgan sus penas caminando de noche por los caminos de la parroquia. La Santa

Compañía sería una forma de concebir el Purgatorio.

En este contexto penitencial, el que algunos aparecidos lleven cadenas y que en la Santa Compañía participe un cojo simbolizaría: las cadenas, las penas morales; y la cojera, como defecto físico, representa los defectos morales, indicando en este contexto que esa persona murió en estado de impureza y, precisamente por eso, debe penar por los caminos.

Mariño Ferro expone una teoría funcionalista acerca de las apariciones de la Santa Compañía, otorgándole una función social, ya que la creencia en el Purgatorio refuerza los vínculos entre vivos y muertos, y las historias de aparecidos son uno de los muchos mecanismos de que dispone la cultura tradicional para transmitir sus valores. Y una función vital, que viene determinada por que el hombre necesita creer que hay vida después de la muerte, y la presencia de los muertos sirve de prueba de que, tras esta vida, existe otra.

El ser humano sabe que le espera la muerte e intenta buscarle un sentido o de lo contrario se desespera. Las creencias gallegas sobre aparecidos son un puente entre los dos mundos, desmintiendo la muerte. Este autor interpreta que el miedo que se les tiene a los muertos, en nuestra cultura, como en otras, es un invento social que refuerza la creencia de que hay vida más allá de la muerte. Si se les teme, se siente con más fuerza su presencia.

Sus conclusiones son que las creencias de aparecidos permiten mitigar la angustia ante la muerte, transmiten normas básicas para la convivencia y refuerzan las relaciones sociales; y además, como tema literario, poseen todos los ingredientes para suscitar un interés en los oyentes.

Otros autores como Antonio Fraguas o Lisón Tolosana, explican que, cuando la Santa Compañía viene a traer el viático al moribundo, realiza la misma función que los vecinos que acompañan al sacerdote cuando lleva los óleos al feligrés que está agonizando. Existe un paralelismo con el mundo de los vivos. Los vivos despiden

al vecino muerto y los muertos lo reciben. Las procesiones de muertos tienen un claro paralelismo con las procesiones de vivos, en entierros y viáticos, ejemplo de solidaridad vecinal. La idea de procesión se relaciona con la de camino. Encrucijadas, cruces de caminos, son los lugares privilegiados de visión de la Santa Compañía. Las encrucijadas tuvieron y tienen en Galicia gran importancia, de acuerdo con un culto a ellas dedicado, con restos que aún se conservan hoy. Culto que fue condenado en la antigüedad, por considerarse pagano, ya que decían que allí se reunían las brujas para preparar sus encantamientos. Hoy las encrucijadas se encuentran cristianizadas por la presencia de Cruceiros, lo que demuestra el esfuerzo de la Iglesia por apagar lo que quedaba de culto pagano. En muchos casos, la Santa Compañía va precedida de una persona viva. Esto podría tratarse de un refuerzo de la interrelación vivos-muertos: el vivo actúa como bisagra-mediador entre los dos mundos.

Mientras el difunto tenga algo que hacer, el alma no puede encontrar su destino último. El vivo, en este caso, actúa como cumplidor de los deseos de los muertos, que son deudas cuyo cumplimiento transfiere al vivo. Hay algún caso especial en el que quien va delante de la procesión de la Compañía es el que va a morir. Pero lo más probable es que el vivo que los acompaña, refuerce la idea de mediación entre ambos mundos y marque el estado de indefinición en el que están las ánimas del Purgatorio.

Lo que está bastante claro es la importancia del culto a los muertos, que viene desde la antigüedad. El pueblo gallego, dentro de los restos paganos que siempre están presentes en sus prácticas y creencias, tiene una fe firme en la religión cristiana, que la Iglesia le enseñó a lo largo de muchos siglos de catequesis en un intento por su parte de cristianizar ritos y sitios de fuerte tradición pagana. Sin embargo, era tan firme la antigua religión, que no pudieron ser suprimidas ciertas prácticas, y la Iglesia recurrió al procedimiento de cristianizar unas costumbres que no podían eliminar del todo.

Y esta tradición, en la que se mezclan meigas, religión, apariciones y el mito de la Santa Compañía, es lo que ha llegado hasta nuestros días, transmitiéndose de forma oral de generación en generación, como un batiburrillo que suele tener una carga moral, ya que en las historias de apariciones los difuntos siempre tienen alguna deuda pendiente en este mundo y por eso no encuentran el descanso eterno. El ser humano necesita creer que hay vida después de la vida, para dar sentido a su existencia, y que el mundo de los muertos está unido al de los vivos.

TRABAJO DE CAMPO

Informante nº 1 - Varón

“Aquí en Esteiro, en la noche de San Juan, por lo que me han contado, quemaban un tronco o rama de olivo en la lareira, para ahuyentar a las meigas. En San Paio, cuando yo era pequeño, nos decían que esa noche, a las doce, no podíamos ir a la fuente porque se estaban lavando las meigas. Yo, que siempre he sido muy miedoso, nunca fui a comprobarlo.

En mi aldea había gente que decía que la Santa Compañía les venía a buscar a casa. Esto que te cuento es de cuando yo era un rapaz. Esta gente decía que les tocaban a la puerta y ellos ya sabían que venían a por ellos.

Mi madre contaba que una vez un hombre que iba de noche por un camino, se encontró con la Compañía. Entonces, le dieron un golpe, un empujón y lo echaron para un lado, fuera del camino. Y al día siguiente su madre le dijo que no lo volviera a hacer, porque ella antes iba de las primeras y, para que no lo atropellaran, lo había apartado de un golpe y ahora tenía que ir de las últimas. Aunque yo nunca he creído en esas cosas. Son como leyendas”.

Informante nº 2 - Mujer

“Hace unos seis años fui al cementerio un día a las doce del mediodía, a limpiar la sepultura de mi familia. Y cuando la estaba limpiando, empecé a quedar sin respiración y sentí como si me cogieran en el aire. Entonces tuve miedo y me marché, pero era como si los pies no me

tocasen en el suelo. Y hasta que llegué a una encrucijada que se llama O alto das Cruces, que es donde se paran en los entierros cuando llevan al difunto, rezando el responso, no empecé a respirar bien. Pero yo llegué hasta allí como si me llevaran. Me di cuenta de que me había pasado algo y me fui a casa asustada, y a esa hora no volví más al cementerio. Ya antiguamente la campana de la iglesia tocaba antes de salir el sol, después a las doce del mediodía, y luego al ponerse el sol. Eso era tocar la oración. Y de cada vez había que rezar, y en esos momentos no se podía ir al cementerio. Era un edicto de los curas de antes, y además decían que, cuando moría una persona, quedaba en la casa hasta los nueve días.

También recuerdo que, una vez, era yo muy pequeña y venía del molino con mi abuela. Serían las 2 o las 3 de la madrugada y, al llegar a un cruce de caminos, vimos venir por el aire como una sombra grande, por encima de nosotras. Yo me asusté y me tapé con su falda, que tenía mucho vuelo, y mi abuela juntó las manos y dijo: *Si es de este mundo, fála-me. E si non, Dios che guíe*. Y la sombra pasó de largo. No supimos lo que fue. Y también, hace casi tres años, una tarde volvía de misa con unas vecinas, ya estaba oscuro, cuando al pasar cerca de un terreno en el que estaban construyendo una casa, vi una luz muy fuerte en el terreno. Pensé que habría alguien quemando algo, y lo comenté con las demás. Pero, en menos de un mes, apareció ahorcado un muchacho, en el mismo sitio. Y hace poco, estaba yo cerrando las contras de las ventanas de mi casa, cuando vi que había mucha luz a la puerta de la casa de un vecino. Pensé que se habrían dejado la luz de la entrada encendida, aunque me pareció una luz muy fuerte, pero no pensé nada más. Al cabo de dos días murió el hombre de aquella casa. Que yo no sé si todo esto tendrá algo que ver o serán casualidades. Pero yo de estas cosas no quiero saber nada. No quiero verlas”.

Informante nº 3 - Mujer

“Yo no sé, pero algo hay, porque antes, había algunas mujeres que, en ciertos

días, iban a rezar a las doce del mediodía a las encrucijadas de los caminos. Porque cuando hay un entierro, tanto si se lleva el féretro a hombros, como si va en coche fúnebre, aún hoy en día, siempre se para en las encrucijadas. Es tradición de muy antiguo. Yo no sé si esas mujeres eran muy religiosas o porque había algo dentro de ellas que las obligaba a ir. Como una llamada. Yo creo que eran brujas. Mira, había una mujer que se llamaba Dolores de Barcalés, y como ella otras, que iban mucho a misa. Y cuando acababa, si el cura dejaba el misal abierto porque se olvidaba, ellas no podían salir de la iglesia hasta que el cura cerrase el libro. De aquella era yo jovencita. Decían que había algo que les impedía salir de la iglesia hasta que el libro de misa estuviera cerrado.

Te voy a contar algo que se hacía antes: cuando había una persona en una casa que estaba débil de espíritu, o que había visto la Compañía y las ánimas querían llevarla con ellos, una persona sensible, un familiar lo llevaba a una encrucijada de caminos y a la primera persona que pasara por ahí le decía: *¿Qué lle fan ós presos na túa terra?* Entonces, claro, la mayoría no sabía qué contestar, porque si a ti te preguntan, pues no sabrías qué decir. Hasta que encuentran a alguien que les respondía: *Sóltanos*. Ésa era la contraseña. Entonces, el enfermo sanaba. Había ciertas personas que, unas semanas e incluso un mes antes de que pasara algo, veían en la puerta de una casa en la que habría una muerte, el estandarte, una cruz grande como de dos metros, y la campanilla de la iglesia. Entonces decían que iba a morir alguien. Tenían esas visiones porque estaban bautizados con los Santos óleos de los difuntos. Aquí, en Esteiro, hasta hace unos años había un hombre que tenía estas visiones y siempre sabía cuándo iba a morir alguien. Cuando en el año 73 murió mi hermano, que estaba en el extranjero, antes de que nosotros tuviéramos alguna noticia, él ya vio la procesión. Este hombre lo pasó muy mal y tuvo que pedirle ayuda al cura que había antes en Esteiro, don Manuel Suárez, quien lo bautizó otra vez y le rezó unas oraciones; dicen que

le hizo un exorcismo de esos, para que no volviera a tener esas visiones. Hay gente que ve la luciña alguna vez y ya no vuelve a verla más. Mira, en el año 57 ó 58 iba yo con una amiga camino de casa, cuando ya había oscurecido. De repente mi amiga vió una luz que estaba encima del tejado de una casa y que se movía, y me dijo: Mira para el tejado de Cacharra¹. Yo no veo nada- le dije -. Y ella, me decía, sí, mira cómo baila la luz, ¡qué bonita es! ¡ay, que no venga hacia mí! Y de allí a poco tiempo, murió una niña en aquella casa.

Yo, la verdad, por mucho que miré no vi nada. Pero esto depende.

En el año 59, en otoño, había una señora que se llamaba Juana Fernández, que de aquella ya tenía 88 años. Era una señora muy religiosa, de familia rica, que tenían fábricas y un aserradero. Sabía leer y escribir, no era una ignorante. Pues una noche vió una luz de colores, azul, rojo y verde, salir del monte de Barbanza, cruzar el mar, hasta posarse sobre el tejado de una casa de aquí de Esteiro. Y al cabo de unas semanas murió una persona que pertenecía a esa casa, que estaba en el extranjero. Exactamente veinte días después. Era un muchacho que andaba navegando y había muerto ahogado en el Támesis, en Inglaterra. Ella ya sabía que alguna desgracia iba a ocurrir.

Esta otra historia, cuando pasó, fue muy sonada. Fue en el año 40. Una noche dos mozos, que de aquella tenían 20 ó 25 años, volvían de mocear, para sus casas. Uno se llamaba Evaristo de Simal y el otro José. Eran de la aldea de Abelleira². Cuando iban por un camino, José sintió que lo agarraban por detrás y estuvo parado unos cinco minutos.

Evaristo le llamó, pero José no pudo hablar hasta que sintió que esa presencia lo soltaba. Entonces Evaristo le preguntó si se había mareado o algo, pero José no pudo decirle nada. En menos de un mes José murió. Dijeron que de un derrame cerebral o algo así. Evaristo lo sintió mucho y una noche que volvía a pasar por el mismo camino, sintió una voz que le decía: *Evaristo, son José. Non volvas a pasar por aquí.*

Evaristo tuvo miedo y ya nunca volvió a pasar por allí.

Ahora voy a contarte algo de hace ya muchos años, por el 49, más o menos. Era yo mocita y estaba con mi madre lavando en el río, en Tras da Costa, cerca de Fontenova³. Entonces llegó una moza de la Casa de la Gaiteira⁴, que se llamaba Remedios, y nos contó, preocupada, que la noche anterior, cuando se estaba despidiendo de su mozo en la puerta de su casa, al entrar para adentro, vio bajar escaleras abajo una caja de difuntos blanca. Ella se asustó y pensó que algo le pasaría a su hermana que estaba en estado, o al bebé. Pero el niño nació y no pasó nada. Fue Remedios quien enfermó, y estando convaleciente en cama, una de las veces que se levantó como pudo para orinar, vió venir al cura por el camino a toda prisa, con el sombrero en la mano. Entonces volvió a meterse en cama como pudo. En aquel momento llegó la madre y se lo comentó, pero la madre le dijo que estaba equivocada, pues el cura no había pasado por allí. Que ya veía visiones de lo débil que estaba. Otro día, hablando con su madre, le dijo que si se moría, la velarían en el piso de arriba y no en el de abajo, y que, cuando llevarsen la caja por el camino, se caería. En un plazo de un año, desde que había enfermado, murió.

Y la caja era de color blanco, y el mismo día la forraron de azul. Aquel día el cura venía de otro entierro y llegó apurado a toda prisa por el camino, con el sombrero en la mano. Y cuando las mozas y mozos llevaban la caja por las anillas, en el camino del outeiro, se les cayó, tal y como había predicho la moza.

También sé otra historia que me contaba mi abuela, que ya se la había contado la suya. Es de cuando en Esteiro aún no había carretera. Hace mucho tiempo, el correo se llevaba en burro. Una vez, la señora que lo llevaba, al llegar a la altura del Freixo⁵, vio ir los Sacramentos y entrar en una casa. Entonces ella, sin saber por qué, también entró y vio cómo le daban la comunión a una muchacha que estaba en cama, en una habitación donde había dos muchachas, cada una en su cama. Después, la gente fue saliendo

de la casa, pero esta mujer no pudo salir y se asustó.

Entonces se encontró con el dueño de la casa, quien le preguntó cómo había entrado y qué hacía allí. Y ella le contó lo que había pasado. Y el hombre le preguntó que a cuál de las dos muchachas le habían dado la Comunión, si a la de la cama de al lado de la pared o a la de la cama mirando a la puerta, y ella le dijo que a la de la cama de al lado de la pared. Al cabo de ocho días, al volver a pasar por allí, la mujer oyó cómo tocaban la campana de difuntos y, al preguntar, le dijeron que había muerto aquella muchacha. Ella había visto cómo las ánimas le habían dado los Sacramentos.

Esto que te he contado debe ser del mil ochocientos y algo, pero también sé otra historia que pasó en los años 50. Dos mozos por aquel entonces, que se llamaban Manolo y Ramón, una noche que volvían de mocear, tuvieron una visión en el camino, frente a la puerta de una casa. Vieron a la procesión entrar dentro.

Mejor dicho, el que la vio fue Manolo y, como Ramón no veía nada, Manolo le dijo: *Písame el pie*. Ahora no me acuerdo si era el izquierdo o el derecho, y entonces Ramón también la vio. De allí a pocos días murió del carbunco la moza de la casa, que se llamaba María.

Antes había gente que, al pasar por algunos caminos, sentía la campanilla de la procesión de la Compañía. Entonces sabían que pronto habría un difunto. Y también al pasar cerca de una fuente o de un río, había algunas personas que sentían lamentos, como lloros, y sabían que moriría alguien pronto. Éstas eran las cosas de antes. Ahora todos los caminos están iluminados y, aunque pasen estas cosas, ya no las vemos. Pero yo creo que aún hay algo de esto. Además, a la gente de antes nos educaron con miedo y con otras creencias que ya no hay ahora. Eran cosas del demonio.”

Informante nº 4 - Mujer

“... Ya tenían un horario fijo. Iban saliendo de sus casas una detrás de otra, rezando. Pero no se les entendía lo que rezaban. Se juntaban en la encrucijada de

caminos, para hacer el recorrido, como cada noche. Y no podían decir que iban en la Procesión. Tenían que guardar el secreto.

Una vez, un mozo al que le llamaban José el moro, porque era muy moreno, venía de mocear una noche y, al llegar a un cruce que se llama O alto das Cruces, sintió como si lo llevaran en el aire. No podía respirar bien y anduvo así como doscientos metros, hasta que, al llegar frente a la iglesia, sintió que lo soltaban. Él dijo que había sido la Compañía. Después de eso estuvo mucho tiempo enfermo, pero no murió.

Recuerdo una historia que le oía contar a mi abuela de vez en cuando. Una vez apareció muerto a los pies de un Cruceiro un mozo. Parece ser que le metieron la punta de un paraguas por un oído y lo mataron. El hecho nunca se esclareció, pero la gente empezó a decir que habían sido los dos amigos que siempre iban con él. Que habían tenido una discusión y... bueno, eran habladurías. Pero lo cierto es que cada vez que los dos amigos pasaban por el Cruceiro, el Cruceiro temblaba. Sólo cuando los dos mozos estaban cerca. Era tan grande el malestar que se formaba, que tuvieron que dejar de ir por el sitio. Eso lo decía la gente.

Y también puedo contarte algo que pasó en mi familia. Mi madre murió con 33 años y dejó a mi hermano con apenas tres semanas. Antes de morir, le oí decir varias veces que, cuando se acostaba en la cama, veía ángeles blancos. Entonces, a mi hermano y a mí nos cuidaba mi abuela, pero en casa había una sombra que siempre estaba con nosotros. Le rezábamos mucho, porque pensábamos que venía por el meniño. Y estuvo en la casa hasta que mi hermano empezó a andar. Yo creo que era mi madre que, como dejó a mi hermano casi de recién nacido y yo también era pequeña, quería saber que estábamos bien.

Antes, las personas que andaban solas de noche, lo hacían por caminos estrechos y pequeños, porque por ellos no iba el entierro, ni la Compañía. Querían librarse de lo que pudieran encontrarse si iban por el camino grande. Porque a la Compañía se le tenía miedo. Por todos los

caminos que conducían o pasaban cerca del cementerio, la gente si podía evitarlos, no iba por ellos. Yo no iba por donde pasaban los entierros; ¡ah, no! Pero yo tengo pasado mucho miedo. Te voy a contar lo que me pasó una vez, cuando era joven. Tendría veintitantos años. Volvía de la fábrica para casa y ya era de noche. Iba por el camino llena de miedo. Tenía tanto miedo que ya iba por el aire. Sentí que me sacaban la chaqueta que llevaba encima de los hombros, porque parece que me la sacaron con una mano. Eché a correr desesperada, que casi paso de largo de mi casa. Entré toda asustada y mi abuela me preguntó qué me pasaba y le dije que la Compañía me había quitado la chaqueta y me puse a llorar. Al día siguiente, cuando mi abuela fue temprano a buscar agua a la fuente, encontró la chaqueta enganchada en unas silvas.

– Pero, ¿Usted no miró para atrás cuando le pareció que le quitaban la chaqueta?

– ¡Mirar para atrás, tú estás loca! ¡Con el miedo que tenía, iba yo a mirar para atrás! Eché a correr a cuanto pude.”

BIBLIOGRAFÍA

- MAR LLINARES, María del: *Mouros, ánimas e demonios*. Ediciones Akal, S.A. 1990 (Madrid).
- FRAGUAS Y FRAGUAS, Antonio: *La Galicia insólita, tradiciones gallegas*. Edición do Castro, Sada-A Coruña, 2001.
- RAMÓN Y BALLESTEROS, Francisco de: *Historia del más allá (contos de lareira)*. Edit. Porto 1972 (Santiago).
- LISÓN TOLOSANA, Carmelo: *Antropología cultural de Galicia*. Edic. Siglo XXI (1979).
- RAMÓN MARIÑO FERRO, Xosé: *Aparicións e a Santa Compañía*. Edic. do Cumio, S.A. (1998).

NOTAS

1. Cacharra era un mote.
2. Aldea entre Esteiro y Muros.

3. Es como una barriada de Esteiro.
4. Mote.

5. Aldea que está yendo desde Esteiro en dirección a Noia.